

dadera doctrina. ¡Oh Maestro del cielo!; pues tan á pechos tomáis nuestra enseñanza, imprimidla en mi corazón para que la ponga por obra, sin divertirme á cosa que me aparte de ella. ¡Oh alma mía! Mira los saludables consejos que te da el Salvador, diciéndote que te contentes con lo necesario, ni te preocupes y agobies por buscarlo, fiándote de la Providencia, y evitando cuanto te pueda distraer de lo principal. ¿Los has seguido con fidelidad?

Punto 3.º Tema de la predicación apostólica.—Considera cómo Jesucristo, no contento con los provechosos y prácticos consejos que dió á sus discípulos acerca del modo de haberse consigo mismos y con los demás, pasó adelante y les señaló la materia y tema de su predicación, diciéndoles ¹: «Predicad que se ha acercado el reino de los cielos, y que hagan penitencia». Cuyo tema abraza tres puntos muy importantes, que los Apóstoles debían explicar según las enseñanzas que de Él habían recibido. El primero es los medios necesarios para la salvación y para entrar en el reino de los cielos, como era la penitencia de los pecados cometidos, la extirpación de los vicios, ejercicios de obras virtuosas y desprecio de las cosas terrenas, que son causa de la perdición de las almas. El segundo es el fin y motivo de todas estas obras, que era el reino de los cielos, de suerte que no se moviesen, principalmente por temor de castigo, ni por esperanza de premios temporales, sino por la promesa del reino de los cielos. El tercero es que todo esto era fácil, suave y hacedero, porque estaba ya cercano y dentro de ellos el reino de los cielos, esto es, el Autor de la gracia, el cual había de abrir las puertas del cielo, y dar medios suaves y eficaces para entrar en él, como ya los comenzaba á dar. Á estos tres puntos pueden reducirse los asuntos de que deben valerse los varones apostólicos en sus trabajos para la conversión de los pecadores, tratándolos con sencillez, no con palabras de sabiduría humana ², sino ostentando en sí mismos, por medio de buenos ejemplos, el espíritu y virtud que en sus enseñanzas están encerrados, como lo hacía el apóstol san Pablo. ¿Obras según las enseñanzas de Jesús á los Apóstoles? ¿Prácticas tú la penitencia para arrebatar el reino de los cielos? ¿Es este el fin de tus trabajos y fatigas? ¡Oh Rey del cielo, que tan glorioso reino trajisteis al mundo! Ayudadme para que yo le conquiste y arrebate, pues Vos dijisteis ³ que desde los días de Juan Bautista que le comenzó á predicar, padecía fuerza, y los esforzados lo arrebatarían. Dadme, Señor, este esfuerzo, para que yo robe y arrebate joya tan preciosa; pues Vos, que sois su dueño, gustáis de que todos la roben para enriquecerse con ella.

Epílogo y coloquios. ¡Qué cualidades tan superiores exige el divino Maestro de sus Apóstoles y de los que han de imitarlos

¹ Luc., x, 9. — ² I Cor., ii, 1. — ³ Matth., xi, 12.

en el oficio de la predicación! Han de ser como ovejas entre rebaños de lobos. Su mansedumbre ha de ser á toda prueba; su paciencia, invencible; su caridad, inmensa; su confianza en el Pastor que les envía, ilimitada. No deben olvidar la prudencia de la serpiente, procurando salvar á todo trance su alma, aunque se pierda todo lo demás, y buscar la oportunidad más á propósito para hacer eficaz su ministerio, aunque conservando la sencillez columbina. ¿Posees tú estas virtudes? Mira el desprendimiento de las cosas terrenas que tan encarecidamente te recomienda Jesucristo. Has de contentarte con lo puramente necesario, y aun en esto has de evitar toda inquietud demasiada, arrojando tus cuidados en el Señor, que no se olvidará de ti, como no se olvida de los seres más despreciables; á su tiempo te alimentará, tocando para esto los corazones de las almas piadosas, ó valiéndose de otros medios que Él conoce, como siempre ha hecho con los que en Él han puesto su confianza. En tu predicación, si á ella te dedicas, no has de pretender nota de sabio, erudito, orador de moda; Jesús te da el tema ó materia de tus predicaciones. Medios para alcanzar el reino de Dios en este mundo y en el otro; fin é intención en la aplicación de estos medios; proximidad y facilidad de obtener este reino: tales son los puntos culminantes á que debe reducirse tu predicación y enseñanza. ¿Comprendes los consejos y encargos de Jesús? ¿Practicarás las virtudes que te recomienda? ¿Tendrás el desprendimiento que te exige? ¿Cómo contesta tu corazón? ¡Qué responsabilidad contraes si, por olvidar estos divinos encargos, haces infructuoso tu ministerio! Piénsalo maduramente; y á fin de evitarlo, forma eficaces propósitos de seguir los consejos del Salvador, pide fuerzas para cumplirlos, y ruega por todo el mundo.

72.—PRISIÓN DE SAN JUAN BAUTISTA.

PRELUDIO 1.º Habiendo el Bautista reprendido los vicios de Herodes, fué encarcelado por éste, á instancias de Herodías.

PRELUDIO 2.º Representate al Bautista reprendiendo á Herodes con gran celo, y después en la cárcel.

PRELUDIO 3.º Pide la fortaleza y demás virtudes de san Juan.

Punto 1.º Fortaleza del Bautista.—Considera la grande fortaleza del Bautista, la cual manifiesta el Evangelista diciendo ¹: «Habiendo el rey Herodes tomado la mujer de su hermano, y casado con ella, san Juan le reprendió, diciendo que no era lícito lo que hacía». Notable en gran manera debía ser la fortaleza y celo de este nuevo Elías, para hablar con esta santa libertad á un rey como Herodes, con quien tenía grande amistad y privanza, y

¹ Matth., xiv, 4.

de quien dice san Marcos ¹: « Que le respetaba, sabiendo que era un varón justo y santo; oíale de buena gana, y hacía muchas cosas que le decía ». Sin embargo de esto, reprendió ásperamente su pecado público y escandaloso, aunque sabía que había de perder su amistad y privanza; porque los varones celosos de la honra de Dios no temen perder la gracia del rey terreno, por no perder la del Rey celestial. Y aunque sabía san Juan que Herodes era cruel y Herodías mucho más, y que deseaba matarle por estas reprensiones, no por esto se amedrentó ni acobardó, ni dejó de proseguir su oficio, poniéndose á cualquier peligro y daño que le viniese, mostrando en esto su grande fortaleza y constancia, y que no era caña movediza, sino columna de hierro y muro de bronce ²; porque como no amaba su honra ni su vida, no temía perderlas, ni hacían en él mella las amenazas, sino, como león, estaba confiado sin pavor alguno. De donde has de sacar grandes propósitos de imitar la fortaleza invicta y firme constancia de este santo Precursor, estando dispuesto á perder la honra, fama y amistad de todo el mundo, antes que dejes de cumplir aquello á que estás obligado, y apartando de ti el amor desordenado de las cosas mudables de esta vida, de donde procede el mudarte, como caña con cualquier viento de tentación. ¡Oh valeroso Santo! Por la admirable fortaleza que nos descubris en este día, suplicóos me alcancéis del Señor un valor invencible para cumplir su voluntad con corazón grande y ánimo decidido, sin que me detenga ni el amor al mundo ni el temor á su odio. Y nosotros, ¿ hemos dejado de decir alguna vez la verdad por temor de ofender á los hombres? ¿ Hemos consentido en faltar á Dios para no atraer sobre nosotros la ira de los mundanos?

Punto 2.º *San Juan es preso y metido en la cárcel.*—Instigado el rey Herodes por su perversa compañera de crimen; mandó prender al Bautista, y fué aherrojado en una cárcel ³. En lo cual has de ponderar cómo nuestro Señor permitió esta prisión de san Juan, aunque era tan amigo suyo, porque hasta entonces todo le había sucedido prósperamente, siendo honrado de todos y alabado y bendecido; y era menester que pasase por las persecuciones que pasaron los Profetas y han de pasar los escogidos, para que, á imitación de Job, como había mostrado sus excelentes virtudes en la prosperidad, así las mostrase en la adversidad, y con ella se afinase más, como el oro en el crisol, y aumentase la corona de su gloria con la excelencia de su paciencia. ¡Cuánto has de estimar las persecuciones y trabajos padecidos por la justicia! Á los ojos del mundo parecen castigos; pero á los de Dios son premio al cual se concede el reino de los cielos. Pondera también el modo cómo san Juan llevó este trabajo, porque es de creer que, cuando le fueron á prender, no huyó ni se escondió; antes saldría

¹ Marc., vi, 20. — ² Jerem., i, 18. — ³ Marc., vi, 17.

al encuentro á los soldados, ofreciéndose á la prisión, y cuando se vió atar con cadenas, se gozaría con ellas no menos que san Pablo ⁴, alegrándose de que le ayudaban á maltratar la carne que él tanto aborrecía con santo aborrecimiento. La cárcel convirtió en oratorio, gastando las noches en oración y contemplación, como en el desierto, y de día no cesaba de enseñar á los presos y á sus discípulos; y desde allí los envió á Cristo nuestro Señor, pidiéndole, no que le librase de la cárcel, sino que á ellos librase de la ignorancia que tenían. Finalmente: como ya había hecho su oficio de Precursor en el mundo, deseaba ser desatado de la cárcel de su cuerpo, para ir á hacer el mismo oficio al limbo, y dar noticia á los justos de cuán cerca estaba su Redentor, y así, cada día esperaba la muerte con alegría, porque, siendo tan gran profeta, tendría revelación de la divina voluntad, y sabría que estaba cerca su partida. ¡Oh alma mía! Alégrate como este santo Precursor en las tribulaciones, porque sabes que la tribulación engendra paciencia, y la paciencia prueba, y la prueba esperanza, y la esperanza no confunde ⁵ y engaña; porque los que de este modo padecen, tienen dentro de su corazón la caridad del Espíritu Santo, que es prenda de la vida eterna. ¿Qué juicio formas de las tribulaciones? ¿Cómo las aceptas?

Punto 3.º *Maldad de Herodes.*—Considera cómo no sin misterio dijo san Lucas ⁶, que Herodes á todos sus pecados añadió este de prender al Bautista y aprisionarle, porque es condición del pecado y del pecador que comienza á desenfrenarse, ir siempre de mal en peor, añadiendo á las anteriores culpas otras nuevas y mayores, cumpliéndose lo que dijo David ⁷: « La soberbia de los que aborrecen á Dios crece siempre ». Y así principió Herodes á trabar una amistad criminal, la cual le hizo caer en la injusticia de quitar la mujer á su mismo hermano, y, consiguiéntemente, en espantoso adulterio é incesto; luego se hizo sordo á la caritativa amonestación de san Juan; después le prendió y encadenó ⁸, y, por fin, trató de matarle como raposa astuta, buscando colores aparentes para ello, con título falso de religión, por cumplir un juramento. Examina tu conducta, y confúndete de haber seguido, por desgracia, un procedimiento análogo; pues, á imitación de Herodes, tú, que solías tener amistad con la divina gracia, figurada por Juan, y oías de buena gana sus inspiraciones, por causa de una afición desordenada á tu amor propio, á los intereses ú honores, ó á alguna persona, comenzaste á resistir á ellas, y luego la aprisionaste con tus pasiones, y la mataste con tus pecados, añadiendo unos á otros, unas veces haciendo fiesta de ellos, y otras pensando que guardas religión en hacerlos. Saca de aquí aviso para atajar el mal en sus principios, y en

⁴ Colos., i, 24. — ² Rom., v, 3. — ³ Luc., iii, 19, 20. — ⁴ Psalm. lxxiii, 23.

⁵ Luc., iii, 20.

especial para aceptar la corrección con ánimo humilde y agradecido; porque la diferencia entre predestinados y réprobos no está en que unos pecan y otros no, sino en que aquéllos finalmente aceptan la corrección, y se enmiendan como David¹; pero éstos la desechan como Saul², y vuelven su ira contra el que los corrige, como Herodes, hasta caer en el profundo de la maldad y en el abismo del infierno. ¿No escarmentarás en el desgraciado Herodes? ¿No tratarás de domar las pasiones en sus principios? ¿No aceptarás con agradecimiento los avisos? ¡Oh Dios infinito! No permitáis que sea yo tan soberbio, que deseche la corrección y me levante como Herodes contra el que me corrige. Corregidme y avisadme, Señor, con misericordia para vivificarme y concederme la vida de la gracia, si no la tuviera; y si no bastara la suavidad, tomad el azote y afligidme con trabajos, á fin de que con ellos, corregido y enmendado, me convierta á Vos, y jamás vuelva á separarme de vuestra amistad.

Epílogo y coloquios. ¡Qué enseñanzas tan prácticas y útiles hallamos en el lamentable suceso de la prisión de san Juan Bautista! La fortaleza invencible de este ilustre Precursor del Mesías, por la cual no vacila en decir la verdad al mismo rey, aunque sepa que por ser amarga le ha de hacer perder su amistad, y le ha de atraer sobre sí el odio de la más cruel é infame mujer, nos enseña que también nosotros hemos de ser fuertes y valientes, prefiriendo los desprecios y odio del mundo entero al abandono de nuestra obligación, y estando dispuestos á sufrir mil muertes antes que apartarnos un solo punto del cumplimiento de la divina voluntad. ¡Oh cómo recibe san Juan la orden de su prisión y encarcelamiento! No huye, ni se esconde; presenta sus manos para ser atadas, y mirando esta persecución como permitida por Dios, que con ella quiere sujetarle á dura prueba, va gozoso á la cárcel, como podría ir á un convite, y la prisión es para él un lugar á propósito para santificarse; conviértela en un oratorio, y de continuo desde ella levanta sus manos al cielo, pidiendo que cumplan en él todos sus designios. ¡Dichoso Precursor, que en la misma cárcel ha hallado un tesoro inagotable de virtud y santidad! Miremos, por fin, á Herodes, y escarmentemos en este criminal. Una pasión, no domada á tiempo, le va conduciendo de abismo en abismo y le arrastrará al profundo del infierno. ¡Ay del que no vence sus pasiones! ¿Hemos imitado la fortaleza del Bautista? ¿Cómo recibimos las pruebas que el Señor nos envía ó permite? ¿Nos domina alguna pasión? Entremos dentro de nosotros mismos, pesemos cuidadosamente las inclinaciones de nuestro corazón, y si observamos que en él asoma algún afecto desordenado, combatámoslo, valiéndonos de firmes propósitos, fervientes súplicas, orando por nosotros y por los demás.

¹ II Reg., xii, 13. — ² I Reg., xv, 25.

73.—MARTIRIO DE SAN JUAN BAUTISTA.

PRELUDIO 1.º Instado por Herodías, Herodes mandó cortar la cabeza al glorioso Bautista, el cual aceptó la muerte con contento y fué premiado con grande gloria.

PRELUDIO 2.º Representate á san Juan en el acto de ser martirizado.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la virtud, conformidad y grandeza de ánimo del santo Precursor.

Punto 1.º Sentencia de muerte contra san Juan.—Considera el modo cómo se decidió el cruel Herodes á consentir en dar la muerte á san Juan, según lo explica san Mateo¹: «En el aniversario de su nacimiento hizo un gran convite á los principales de Galilea, y entrando á danzar la hija de Herodías, agradó tanto á todos, que prometió el rey con juramento darla cuanto le pidiese, aunque fuese la mitad de su reino. Ella, por consejo de su madre, pidió la cabeza de Juan, y el rey, por cumplir su juramento, se la concedió». En lo cual has de ponderar la astucia y crueldad de Satanás por medio de este tirano, levantando todo el escuadrón de los vicios, para cortar la cabeza del Bautista, en odio de sus esclarecidas virtudes y de la guerra que le hacía, saeando por medio de su predicación á muchos del pecado, y moviéndoles á hacer penitencia. Él levantó la glotonería del convite contra su templanza; la lujuria de Herodías contra su castidad; la liviandad y desenvoltura de la hija contra su modestia; la vanagloria de los convidados contra su gravedad; la prodigalidad y jactancia de Herodes en la promesa contra su pobreza y humildad; finalmente, la crueldad, ficción y embuste, la infidelidad y falsa religión se levantaron contra la mansedumbre y la sinceridad, contra la verdad y religión perfectísima de este Santo. Por donde verás cómo el demonio, por medio de los vicios, hace guerra á las virtudes; pero no prevalecerá contra los virtuosos que se han fundado bien en ellas. Y así, con grande ánimo has de resolverte á quebrantar la cabeza de esta serpiente, aunque ella te corte la tuya; porque cuando corte la cabeza de tu cuerpo, no te apartará de tu cabeza Cristo Jesús, en quien está todo bien. ¡Oh dulcísimo Jesús, cabeza de los principados y potestades²! Concededme tal fervor de espíritu, que ni tribulaciones, ni angustias, ni peligros, ni persecuciones, ni la misma muerte, me aparten un punto de vuestra caridad; ayudadme á pelear por vuestro servicio en la Iglesia militante, de modo que llegue á reinar con Vos en la triunfante. ¿Con qué vicio nos combate especialmente el demonio? ¿Cómo peleamos contra él?

Punto 2.º Muerte de san Juan Bautista.—Resuelto ya Herodes á llevar á cabo su cruel resolución³, envió un verdugo

¹ Matth., xiv, 6. — ² Colos., i, 18. — ³ Matth., xiv, 11.

á la cárcel donde estaba san Juan, para que le cortase la cabeza. Hizolo, y trájoia á Herodes, el cual la dió á la hija de Herodías, y ella á su madre. Pondera acerca de este tan lastimoso hecho el consuelo grande con que el Bautista aceptó la sentencia de muerte cuando se le notificó, alegrándose de morir por tal causa y conformando su voluntad con la divina, que lo permitía; y es de creer que, como Cristo nuestro Señor quiso morir en día solemne de Pascua, para significar el gozo con que moría, y que sus pascuas eran morir por los hombres, así quiso que san Juan muriese en día solemne de convite, para significar cómo sus convites eran morir por la justicia y verdad. Llegado á la cárcel el verdugo, puede suponerse que el Bautista, hincado de rodillas, haría oración primero por sus enemigos, diciendo á Dios: «Señor, perdónalos, porque la pasión los ciega, y no saben lo que hacen». Después oraría por sus discípulos, y últimamente por sí mismo, encomendando su espíritu en las manos de Dios, y de esta manera dió su cabeza con grande ánimo, y si alguna pena tenía, era porque su muerte no era más penosa, para tener más que padecer por el servicio de su Amado. Pondera luego la grande honra con que aquella alma santísima fué llevada al seno de Abraham, porque si vinieron muchos ángeles¹ á llevar el alma de Lázaro el pobre, ¿cuántos más millares vendrían á llevar la del Precursor? Y así como se alegraron muchos cuando nació en el mundo, como dijo el ángel², así cuando entró en el limbo, los justos se alegraron con especial alegría que Dios les comunicó en su entrada, y por las nuevas que les dió del Mesías que esperaban. ¡Oh Redentor amantísimo! Ahora veo con cuánta razón dijisteis³: «Bienaventurados seréis cuando os maldijeren los hombres por mi causa; puesto que vuestra recompensa es grande en el cielo». Vuestro santo Precursor lo ha experimentado; su muerte fué un dulce sueño, y ahora recibirá perpetuamente el premio de sus trabajos. ¡Oh alma mía! No te desconsueles al verte perseguida; imita al Bautista, orando por tus perseguidores y ofreciendo al Señor tu vida. ¿Obraste acaso de este modo en tu vida pasada? ¿Qué exige de ti el Señor en la actualidad?

Punto 3.º Premio y gloria del Bautista.—Considera en este punto la gloria del Bautista en el cielo, en premio de tantos y tan esclarecidos servicios como hizo á Cristo nuestro Señor, desde que le santificó en el vientre de su madre hasta que murió en la cárcel; porque, aunque la vida fué breve, pues no pasó de treinta y tres años; pero los merecimientos fueron grandísimos, por la grandeza del fervor con que cumplió el ministerio que se le había confiado y con que ejercitó toda suerte de virtudes. Y así Cristo nuestro Señor le sublimó en uno de los más altos tronos del cielo, entre los supremos serafines, y le dió las tres pre-

Luc., xvi, 22. — ² Luc., i, 14. — ³ Matth., v, 11.

ciosísimas aureolas ó coronas de virgen, de doctor y de mártir, y dos veces mártir, una con perpetuo martirio voluntario, con la pobreza, castidad y mortificación de la carne, crucificándola con todas sus concupiscencias desde niño en el desierto, haciendo rigurosa penitencia, y después por toda la vida, admirando al mundo con sus asperezas y austeridades; y otra, de martirio violento, derramando su sangre en testimonio de la verdad y por cumplir la voluntad de Dios y hacer el oficio que le había confiado; y el día del juicio, por haber dejado todas las cosas por Cristo, estará sentado con Él en un trono glorioso, como los Apóstoles, para juzgar las doce tribus de Israel¹ y á todo el mundo. En todo lo cual puedes ver la generosidad con que Dios recompensa los pequeños sacrificios que por su amor se toleran; porque por treinta y tres años de penitencia goza san Juan una eternidad de delicias; por una vida que perdió ha alcanzado otra gloriosa é inmortal, y por un dolor momentáneo, gozo eterno. Y ¿no te alienta á padecer la consideración de tal premio? ¿En qué cosas quiere el Señor que sufras? ¡Oh santo Precursor! Gózome de vuestra grandeza. Dichoso fuisteis en el nacimiento, más dichoso fuisteis en la vida, y muy más dichoso en la muerte, y dichosísimo en la gloria que tenéis por tal vida y por tal muerte. Dichosos vuestros servicios y trabajos, pues han parado en tan dichosos premios y coronas; y pues tan grande ha sido vuestra dicha, suplicad al Señor me ayude á imitar vuestra vida, para que alcance parte de vuestra gloria.

Epílogo y coloquios. ¡Qué rabia tan cruel y desapiadada tiene el demonio contra los virtuosos! Cuando ve que no puede atraerlos á su servicio con halagos y promesas ó amenazas, se enturece contra ellos, y mueve todo el escuadrón de las pasiones y vicios, para hacerles sentir todo el peso de su cólera. Para salir con su intento, todas las ocasiones son buenas; en medio del regocijo de un espléndido banquete, resuelve asesinar bárbaramente al santo Bautista, y sin forma de juicio, sin oír al reo, por un antojo mujeril, la cabeza de Juan cae bajo el cuchillo del verdugo. ¡Ay del hombre apasionado, y más si es al mismo tiempo poderoso! Mas ¡qué consuelo da el ver la alegría santa, el gozo inefable del Bautista, cuando oye la noticia de que su muerte está decretada, y que al instante, antes que termine el convite, se ha de ejecutar! ¡Cómo rogaría fervorosamente por sus perseguidores y asesinos! ¡Cómo encomendaría su espíritu en las manos del Padre celestial! ¡Cómo pediría con instancia por los discípulos á quienes había predicado! Alegraos, santo Precursor: un momento, y millares de ángeles descenderán del cielo, y tomando en sus manos vuestra afortunada ánima, la llevarán en triunfo al seno de Abraham, de donde saldrá dentro de breve tiempo, para subir al

¹ Matth., xix, 28.

trono que es debido á vuestra elevada dignidad y relevantes virtudes. Y allí, sumergido en un océano de luz y ceñida vuestra cabeza con triple aureola, viviréis eternamente, gozando el premio de vuestro martirio. Todo esto, ¿no nos animará á pelear contra nuestras pasiones? ¿No nos moverá á recibir con humildad y resignación los trabajos y persecuciones? Meditémoslo bien, y para saberlo cumplir, propongamos con eficacia aquello que nos convenga, y roguemos con grande fervor.

74.—MISERICORDIA DE JESÚS EN EL MILAGRO DE LOS CINCO PANES.

PRELUDIO 1.º Viendo Jesús la mucha gente que le seguía, se compadeció de su necesidad, y dijo á los Apóstoles que la socorriesen.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús hablando con los Apóstoles acerca de esto.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de conocer y agradecer la misericordia de Jesús.

Punto 1.º *Devoción de la gente que seguía á Jesús.*—Considera la muchedumbre inmensa de gentes que iban en pos de Jesucristo, las cuales, abandonados sus negocios, haciendas y trabajos, no sabían apartarse de su dulce compañía, yendo en pos de Él por valles y collados, por pueblos y montañas desiertas. Más de cinco mil hombres¹, sin contar mujeres y niños, habían seguido á Jesucristo devotamente hasta el desierto, olvidándose hasta de sus necesidades más indispensables. ¡Oh si tuvieras tú la ardiente devoción y amor á Jesús de estas turbas! Pondera las causas que movían á estas devotas gentes á seguir al Señor, que eran dos las principales: La una, por ver los milagros que de continuo hacía, curando enfermos, resucitando muertos, librando endemoniados y socorriendo todas las necesidades. Y la otra, por el pasto de saludable doctrina con que las alimentaba, siendo tales sus enseñanzas, que jamás se había visto otro que hablase como Él. Todo lo cual hacía con tal dulzura y mansedumbre, con tal caridad y humildad, que atraía irresistiblemente los corazones de cuantos le oían, cumpliéndose aquí lo que el Señor había dicho por el profeta Oseas²: Traerélos á Mí con cuerdas de Adán y con ataduras de caridad, esto es, con beneficios corporales y espirituales; y con estas cuerdas los tenía Cristo tan asidos, que, con ser ya tarde y no haber comido ni tener que comer, no se querían apartar de Él; y olvidados de la comida, se entretenían con su amorosa presencia, lo cual ha de confundirte grandemente, viendo la tibieza y dejadez que tienes por seguir á Jesús, y tu reprehensible delicadeza, pretendiendo disfrutar en su mismo servicio de todas las comodidades, como si éstas se aviniesen con la imitación de un Dios crucificado. ¡Oh dulcísimo Jesús! Traedme á Vos con tales cuerdas y atadme con

¹ Matth., xiv, 21. — ² Osec., xi, 4.

Vos tan fuertemente, que, olvidado de todas las cosas y aun de mí mismo, sólo quiera á Vos, mi Criador, y abandone mis propios contentos y gustos por contentaros á Vos. ¡Oh alma mía! Inmensos beneficios espirituales y corporales te ha hecho y desea hacerte el Señor, ¿por qué no le sigues?

Punto 2.º *Misericordia de Jesús con la gente necesitada.*

—Considera aquí la misericordia de Jesús con estas gentes, y compárala con la que tuvieron de ellas los Apóstoles. La misericordia de los Apóstoles fué corta y mezquina, como de hombres flacos y pobres; porque viendo que aquella gente estaba fatigada y hambrienta, y que ellos no tenían posibilidad para sustentarla, compadecieronse de ella, y dijeron á su Maestro que la despidiera para que fuese á los lugares comarcanos á comprar de comer, porque, como eran tan obedientes y rendidos, no quisieron hacerlo por su autoridad ni despedirla sin su licencia. Pero Cristo nuestro Señor, viendo la cortedad de esta misericordia, tuvo otra muy mayor, como misericordia de Dios, el cual puede dar manjar en el desierto y sacar fuentes de cristalinas aguas de la peña durísima; y así quiso remediar, con efecto, aquella necesidad, y exhortó á ello á sus discípulos, diciendo: «Dadles vosotros de comer». Como quien dice: Ensanchad las entrañas de piedad, y no enviéis á esta gente necesitada á que ella busque su remedio, sino buscadle vosotros y dádsele, pues os he dado la facultad de hacer milagros, ó á lo menos pedidme á Mí que se le dé, pues Yo puedo hacerlo. En lo cual te avisa que la misericordia, especialmente en los Prelados, no ha de ser corta, sino grande, como decía David¹ de la misericordia de Dios, poniendo todos los medios que pudiéremos para remediar la miseria de nuestros prójimos; y si te faltare posibilidad, has de acudir al que la tiene, y solicitarle para que la remedie. ¡Oh misericordiosísimo Jesús! Como Vos dijisteis que no hay nadie bueno sino Dios, así quiero decir que nadie es misericordioso sino Dios, y Vos que sois Dios y hombre verdadero. Vuestra misericordia, Señor, es sobre todas vuestras obras, y dista tanto de la misericordia de los hombres, como el oriente dista del ocaso. Por ella os suplico remediéis la necesidad que padezco en este valle de lágrimas, y me deis la gracia necesaria para subir al descanso de la gloria. ¿Procuramos nosotros imitar la misericordia de Jesús? ¿No somos agradecidos á la que Él usa con nosotros?

Punto 3.º *Modo cómo Jesús ejercita su misericordia.*—

Para comprender mejor la misericordia de Jesús, considera en este punto lo que Él dijo en otro caso semejante²: «Tengo misericordia de esta multitud, porque ha tres días que perseveran conmigo, y no tienen que comer, y si los envío ayunos, desfallecerán en el camino, porque algunos han venido de muy lejos».

¹ II Reg., ix, 3. — ² Marc., viii, 2; Matth., xv, 32.